

## Capítulo 1

### Trata de la condición y labor del magnífico hidalgo don Quijote de la Mancha

En un pueblo de la Mancha, de cuyo nombre no llego a acordarme, no hace mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, de adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Un cocido con algo más de vaca que de carnero, un salpicón la mayoría de las noches, platos de duelos y quebrantos los sábados, de lentejas los viernes, y algún palomino por añadidura los domingos, consumían las tres partes de su renta. El resto se concluía en un sayo de velarte, en calzas de terciopelo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo. Los días de entre semana se honraban con un vellorí de lo más fino. Tenía en su casa un ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de campo y plaza, pues lo mismo ensillaba el rocín que cogía la podadera. La edad de nuestro hidalgo frisaba en los cincuenta años. Era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Dicen que tenía el apellido de Quijada, o Quesada. En esto hay alguna diferencia entre los autores que escriben sobre este caso, aunque, según algunas conjeturas verosímiles, se deja a entender que se llamaba Quejana. Pero esto le importa poco a nuestro asunto, basta con que la narración sobre él no se salga un punto de la verdad.

Es, pues, de saber, que este hidalgo, los ratos en que

estaba ocioso, que eran los más del año, se dedicaba a leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto, que olvidó casi del todo el ejercicio de la caza, e incluso la administración de su hacienda. Llegó a tanto su curiosidad y desatino sobre eso, que vendió muchas fanegas de tierra de siembra para comprar libros de caballerías y leerlos. De este modo, reunió en su casa tantos cuantos pudo haber, y de todos ellos, creía que ninguno era tan bueno como los que escribió el famoso Feliciano de Silva, porque la claridad de su prosa y aquellas intrincadas razones suyas le parecían de perlas, y más cuando llegaba a leer aquellos requiebros y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *La razón de la sinrazón que a mi razón se hace, de tal manera mi razón enflaquece, que con razón me quejo de vuestra hermosura.* Y también cuando leía: *...los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece vuestra grandeza.*

Con estos razonamientos, el pobre caballero perdía el juicio, y se desvelaba por entender su sentido, un sentido que no entendería ni el mismo Aristóteles si resucitara solo para eso. No estaba muy conforme con las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, aunque le hubieran curado grandes cirujanos, no habría dejado de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero, con todo, alababa del autor aquel final de su libro con la promesa de continuar aquella inacabable aventura, tanto que muchas veces tuvo el deseo de coger él mismo la pluma y cumplir al pie de la letra lo que allí se promete. Sin duda alguna lo habría cumplido, si no le hubieran estorbado otros mayores y continuos pensamientos.

Tuvo muchos debates con el cura de su pueblo —un hombre docto, graduado en Sigüenza—, sobre quién había

sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula; pero el maestro Nicolás, el barbero del mismo pueblo, decía que ninguno llegaba a la altura del Caballero del Febo, y que si se le podía comparar alguno, era don Galaor, el hermano de Amadís de Gaula, porque tenía una condición muy acomodada para todo, tanto que ni era caballero melindroso ni tan llorón como su hermano, y en cuanto a valentía no le iba a la zaga.

En definitiva, el hidalgo se enfrascó tanto en su lectura que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio. Así que del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de tal manera que llegó a perder el juicio. Su fantasía se le llenó de todo aquello que leía en los libros, tanto de encantamientos como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Todo aquello se le asentó de tal modo en la imaginación que creía verdad toda aquella trama de sonadas y soñadas invenciones que leía. Para él no había otra historia más cierta en el mundo. Decía que el Cid Ruy Díaz había sido muy buen caballero, pero que no tenía nada que ver con el Caballero de la Ardiente Espada, que de solo un tajo había partido por la mitad a dos fieros y descomunales gigantes. Más conforme estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles había matado a Roldán el encantado, valiéndose de la artimaña de Hércules cuando ahogó a Anteo, el hijo de la Tierra, entre los brazos. Hablaba muy bien del gigante Morgante, porque, con ser de aquella estirpe gigantea, en la que todos son soberbios y descomedidos, él era afable y bien educado. Pero, de todos ellos, prefería a Reinaldos de Montalbán, y más cuando le veía salir de su castillo y robar en cuantos castillos se le cruzaban, o cuando robó en ultramar aquel ídolo